Discurso dirigido por Su Santidad Pío XII a 20.000 obreros reunidos en el Vaticano el 13 de junio de 1943

Grata presencia la de los obreros

"Vuestra grata presencia, amados hijos e hijas, que dedicáis horas y días a ganar la subsistencia para vosotros y para vuestras familias, sucita en Nos un gran pensamiento y nos recuerda un gran misterio: el pensamiento de que fué Dios quien impuso el trabajo al primer hombre, después de que éste pecara, en forma tal que en adelante, para lograr que la tierra le proporcionase pan, tuviese que bañarla con el sudor de su frente; y el misterio de que el Hijo de Dios, que del cielo bajó al mundo para salvarlo, al hacerse hombre se sometió a esta ley del trabajo y pasó su juventud trabajando en Nazareth, en compañía de Su padre putativo, de tal modo que se le consideró y llamó "el Hijo del Carpintero".

Misterio sublime, el de que comenzase a trabajar antes que enseñar —humilde obrero antes que Maestro de todas las naciones— ("Hechos", I, 1).

Habéis venido hacia Nos como a un padre que se regocija en el trato con sus hijos, tanto más cuanto sus fatigas cotidianas son más duras y continuas, y más arduas y dignas de consideración las necesidades y penas de sus vidas.

Habéis venido hacia Nos como a Vicario de Cristo, que en sí mismo siente, perpetuado por el inefable poder de Dios, aquel sentido de ternura y de simpatía al pueblo por el cual Nuestro Redentor exclamara un día: "¡Me da compasión esta multitud!" (Marcos VIII, 2).

Habéis venido a Nos como a Pastor que fija sus miradas en vosotros y más allá de vosotros, hasta contemplar toda un inmensa porción de Su rebaño, que el amor de Dios le ha encomendado; y que, en vuestro amor y devoción, ve representados todos los sentimientos, los augurios y el afecto de tantos hijos ausentes.

Os agradecemos de todo corazón la inmensa alegría que Nos ocasiona la oportunidad de deciros una palabra de aliento y de sincera benevolencia, una palabra que pueda serviros de guía, sostén y consuelo, en estos días acongojados por el luto de tantas calamidades.

Sabias reformas sociales

No sólo las masas de trabajadores sobrecargadas y afligidas más que otras, sienten el peso de las dificultades de estos tiempos. Toda clase lleva su propia carga, en forma más o menos dolorosa; y no sólo el status de los trabajadores, hombres y mujeres, piden restauración y reforma: es toda la sociedad, en su estructura compleja, la que necesita ser reparada y mejorada porque cimbrean sus mismos cimientos.

Pero, ¿quién no ve que la cuestión obrera, por la complejidad y variedad de los problemas que envuelve, y por la inmensa cantidad de personas que afecta, es de tal carácter y de tan urgente importancia, que exige una atención más inmediata, más atenta y más previsora? Es una cuestión peculiarmente delicada; es el centro nervioso —podría llamarse— del cuerpo social, y también es, a veces, terreno movedizo y traicionero, que se abre a fáciles ilusiones y a esperanzas quiméricas, carentes de toda garantía, cuando no se mantiene ante los ojos de la inteligencia y ante los impulsos del corazón, la doctrina de la justicia, de la equidad, de la caridad, de la mutua comprensión y concordia, inculcada por la ley de Dios y por la voz de la Iglesia.

La Iglesia, guardiana de las justas reivindicaciones de los obreros

Vosotros sin duda no ignoráis, amados hijos e hijas, que la Iglesia os ama intensamente y que no es de hoy que Ella, con maternal interés y amor, y con un sentido claro de la realidad de las cosas, ha mantenido particular interés por la cuestión que más en especial os afecta.

Nuestros Predecesores, y Nos mismos, nunca hemos perdido ninguna oportunidad para hacer que todos los hombres entiendan, por medio de Nuestras repetidas instrucciones, vuestras necesidades personales y las de vuestras familias, proclamando como prerrequisitos fundamentales de concordia social, aquellas reivindicaciones que vosotros lleváis tan hondo en vuestros corazones: un salario que cubra los gastos de subsistencia de una familia, haciendo que los padres llenen el deber natural de criar hijos sanamente alimentados y vestidos; una vivienda digna de la persona humana; la posibilidad de obtener, para los hijos, suficiente instrucción y una adecuada educación; de preveer y anticiparse a los tiempos difíciles, a las enfermedades y a la vejez.

Estas condiciones de seguridad social deben realizarse, si es que queremos que la sociedad no se vea sacudida, cada momento, por fermentos de turbulencias y por peligrosas rebeliones, sino que se tranquilice y progrese en armonía, en paz y en amor mutuo.

Ahora bien, no importa cuán laudables sean las varias provisiones y las concesiones hechas por autoridades públicas y a pesar del sentido humano y generoso que inspira a muchos dadores de trabajo, ¿quién puede afirmar y sostener, con verdad, que estos ideales han sido realizados en todas partes.

De todos modos, los obreros, conscientes de su gran responsabilidad por el bien común, sienten y aprecian su deber de no agravar la carga de dificultades extraordinarias en que gimen los pueblos, como sería si en esta hora de necesidades imperiosas y universales, luchasen por sus reivindicaciones en forma ruidosa y con acción irreflexiva. Continúan en su trabajo y perseveran con disciplina y calma contribuyendo así a mantener la tranquilidad y a sostener toda la familia social.

Rendimos nuestro tributo y nuestro elogio a esta pacífica concordia, y os rogamos y exhortamos paternalmente, a que perseveréis con firmeza y dignidad. Esto, sin embargo, no debe dar lugar a que se crea. —como insistentemente advertimos en Nuestro Mensaje de la última Navidad— que debe considerarse que estas cuestiones ya estén todas resueltas.

Falsos profetas

Al afirmar y defender con valor los derechos de la clase trabajadora, y al combatir el error, la Iglesia, guardiana y maestra de la verdad, ha tenido que ponerse en guardia, en muchas ocasiones, contra el peligro de desilusiones causadas por espejismos de teorías especiosas y fatuas, y por visionarias concepciones del bienestar futuro; y contra los hombres falaces.

Las incitaciones y seducciones de los falsos profetas de la prosperidad social, que llaman bien al mal, y al mal bien, y que hacen alarde de ser los amigos del pueblo, no armonizan con los mutuos acuerdos que, verificados entre el capital y el trabajo, entre los dadores de trabajo y los trabajadores, mantienen y fomentan la concordia social, para progreso y ventaja de todos.

Ya habéis oído a semejantes amigos del pueblo, en las calles públicas, en los clubes, en las Cámaras. Os son conocidas sus promesas, publicadas en hojas volantes; las escucháis en canciones e himnos; empero, ¿cuándo han respondido los hechos a sus palabras, o la realidad a sus esperanzas? Desilusiones y decepciones: este es el haber de los individuos y de los pueblos que los han creído y que los han seguido por caminos que lejos de mejorarlas, han empeorado y agravado las condiciones de vida. Semejantes profetas quisieran que creyésemos que la salvación sólo vendría de una revolución que subvirtiera el orden social y que tomara un carácter nacional.

Contra la revolución social

La revolución social pretende llevar al poder a la clase trabajadora: estas son palabras vacías y una mera ficción, incapaz de toda realización actual. Vosotros véis como la clase trabajadora continúa sometida, uncida y atada al poderío del capitalismo del Estado, que todo lo limita y somete, no sólo a la familia, sino a la misma conciencia, transformando a los trabajadores en gigantesca máquina para el trabajo. Como los otros sistemas sociales que pretende combatir lo clasifica, lo regula y lo oprime todo, convirtiéndolo en un espantoso instrumento bélico que pide no sólo la sangre y la salud, sino también los bienes y la prosperidad del pueblo.

Y si los espíritus que gobiernan se enorgullecen de esta o aquella mejora o ventaja, lograda en el campo del trabajo y hacen uso de ella para una propaganda estridente y arrogante, semejante logro material jamás recompensa equitativamente por la renunciación que se impone a cada persona en particular, imposición que injuria los derechos de la persona humana,

en la libertad de regir la familia, de ejercer la propia profesión, de condicionar la ciudadanía y, especialmente, de practicar la religión hasta en lo más íntimo de las conciencias.

No; vuestra salvación, amados hijos e hijas, no está en la revolución. Y es contra la profesión genuina y sincera del cristianismo, el desviarse y pensar, exclusivamente, en la propia ventaja material que, en todo caso, siempre aparece incierta cuando se busca a través de una revolución basada en la injusticia y en la insubordinación civil; y que desgraciadamente. nos hace responsables por la sangre de conciudadanos y por la destrucción de la propiedad común.

Desgraciado de aquél que olvida que la verdadera sociedad nacional incorpora a sí mismo la justicia social y exige una justa y adecuada participación, de todos, en los bienes del país. De otra manera, vosotros comprendéis esto muy bien, la nación lograría solamente un remedio sentimental, pretensión sin sentido que serviría de excusa, a ciertos grupos, para librarse de los sacrificios que conducen al logro del equilibrio público y de la paz. Entonces os daríais cuenta vosotros de que, cuando la sociedad nacional pierde la nobleza que le ha sido concedida por Dios, las controversias y las luchas internas llegan a convertirse en peligro que a todos espanta.

Una evolución pacífica y noble

No es por la revolución, sino por la evolución y la concordia que se obtienen la salvación y la justicia. La violencia no ha servido nunca sino para destruir, jamás para construir; no calma, sino que exalta las pasiones; no reconcilia entre sí a los grupos adversarios sino que acumula odio y destrucción. La violencia lleva a los hombres y a los partidos a afrontar la difícil tarea de reconstruir lentamente, después de tristísimas experiencias, sobre las ruinas de la discordia.

Solamente por medio de una evolución progresiva y prudente, con todo valor y de acuerdo con la naturaleza, iluminada y guiada por las leyes cristianas y de equidad, puede lograrse el cumplimiento de los deseos y de los necesidades de los obreros.

No destruirlos, sino consolidarlos.

No abolir la propiedad privada, fundamento de la estabilidad familiar, sino trabajar por su extensión como premio a las fatigas de todo trabajador, hombre y mujer, de tal modo que, poco a poco, puede disminuirse la masa de seres descontentos y agresivos que, algunas veces, unos por desesperación taciturna, y otros a través del instinto grosero, se dejan llevar de falsas doctrinas, o por las estultas patrañas de agitadores carentes de todo sentido moral.

No disipar el capital privado, sino promover su reglamentación, bajo cuidadosa vigilancia, como medio y auxilio que favorece el logro y el aumento del bienestar genuino de todo el pueblo.

No obstaculizar, pero tampoco conceder exclusiva preferencia a la industria, procurando en cambio su armoniosa vinculación a los pequeños oficios y a la agricultura, que es la que explota la múltiple y necesaria producción de las tierras nacionales.

No sólo buscar, con el uso de los progresos técnicos, el máximo de ganancias, sino valerse de las ventajas que éstos proporcionan, para mejorar las condiciones personales de los trabajadores, haciendo que su trabajo sea menos arduo y difícil y consolidando los lazos que unen a su familia, en el hogar que habita, y en el trabajo por el cual vive.

No aspirar a que las vidas de los individuos dependan totalmente de los caprichos del Estado, sino procurar, más bien, que el Estado, que tiene el deber de procurar el bien común, pueda, por medio de instituciones sociales, como las del seguro y las de seguridad social, proporcionar el auxilio y complementar todo lo que ayuda a fortalecer las asociaciones de los obreros y, de modo especial, a los padres y a las madres de familia, que trabajan para ganar la subsistencia propia y la de los que de ellos dependen.

Raíces de la verdadera fraternidad

Quizás vosotros diréis que se trata de una bella visión del verdadero estado de cosas, mas ¿cómo puede, todo esto, llegar a ser una realidad y un hecho en la vida diaria?

Ante todo, se necesita una gran rectitud en la voluntad y lealtad perfectas en el fin y en la acción, para el desarrollo y la reglamentación de la vida pública, tanto por parte de los ciudadanos como de las autoridades que los gobiernan. Necesitamos que un espíritu de verdadera concordia y fraternidad anime a todos—a los superiores y a los súbditos, a los dadores de trabajo y a los trabajadores, a los grandes y a los pequeños,—en todas las clases del pueblo.

Vosotros, que os habéis concentrado en torno Nuestro, amados hijos e hijas, y que, aún más, provenís de diversas esferas de actividad, reunidos en la casa del Padre Común, representando a todos los grupos, constituís, para Nos, una demostración y una prueba de que sabéis, sentís y comprendéis dónde puede hallarse la raíz profunda del sentido social, divinamente genuino, de los que son "hermanos vinculados por un pacto", todos hechos a semejanza de sólo Uno, todos hijos de sólo Una redención, esto es, en la religión santa que profesáis en común, en la misma profesión de fe al Redentor de todos, Jesucristo; en la misma fidelidad a su Santa Iglesia y a Su Vicario.

Nos elevamos a Dios Nuestra oración fervorosa para que toda la inmensa, inconmensurable clase de hombres y mujeres trabajadores, participen de Nuestra fe; de tal manera que Nuestro Señor abra, en justicia y en caridad, la ruta que conduce al progreso generoso y pacífico, que tan ardientemente deseamos que haga a Italia próspera y fuerte, en la imperturbable organización cristiana del trabajo.

Calumnia monstruosa

No ignoramos, (y vosotros mismos habéis podido comprobarlo) como, en estos tiempos tan calamitosos y difíciles para la familia y la vida civil, las pasiones humanas se han aprovechado de las circunstancias para erguirse y fomentar las sospechas y para desvirtuar las palabras y los hechos. De aquí proviene esa propaganda de inspiración antirreligiosa que circula entre el pueblo y, especialmente, entre la clase obrera, pretendiendo que el Papa sostiene la guerra y proporciona dinero para que continúe, y que el Papa no hace nada por la paz.

Jamás, quizás, se había lanzado una calumnia tan monstruosa como esta.

¿Quién no sabe, quién no ve, quién hay que no pueda comprobar por sí mismo, que nadie se opuso tan insistentemente a que estallara la guerra, a que se desarrollara y se extendiera, más de lo que Nos nos opusimos, con todos los medios a Nuestro alcance; que nadie como Nos ha invocado y exhortado con mayor constancia: Paz, Paz, Paz; que nadie, más que Nos, ha procurado que disminuyesen sus horrores?

Las cantidades de dinero que, para la caridad, los fieles han puesto a nuestra disposición, no se guardan, ni tampoco sirven para la continuación de la guerra, sino para secar lágrimas de huérfanos y viudas, para consolar familias que gimen en la ansiedad por los que aman, apartados de ellos en tierras lejanas, o perdidos, y para socorrer a los que sufren, los pobres y los necesitados.

Nuestro corazón y Nuestros labios, que jamás se contradicen, dan testimonio de todas estas cosas, porque Nos no negamos con los hechos lo que afirmamos con palabras, y porque tenemos plena conciencia de la falsedad de lo que los enemigos de Dios insidiosamente hacen circular para perturbar a los obreros y al pueblo y para sacar, de las penalidades que los agobian, argumentos contra la fe y la religión que, en verdad, son el único consuelo y la única esperanza que sostienen al hombre en la tierra, cuando llega la hora del dolor y de la desgracia.

No, nadie puede desvirtuar el propósito y el contenido de Nuestros discursos y mensajes. Todos han podido escucharlos como palabra de verdad y de Paz, como iniciativas de Nuestra alma para pacificar el mundo y para iluminar a los gobernantes. Ellos constituyen una prueba incontravertible de los grandes deseos que nacen de Nuestro Corazón, con el fin de que en este mundo, dado al hombre como morada en su camino hacia una vida mejor e imperecedera, prevalezca la perfecta armonía de todo el linaje humano.

La Iglesia no teme la luz de la verdad, ni por el pasado, ni por el presente, ni por el porvenir. Cuando las circunstancias del momento y las humanas pasiones permitan la publicación de documentos que todavía no han visto la luz pública, y que se refieren a las actividades en favor de la paz, que durante esta guerra espantosa la Santa Sede ha llevado a cabo sin temer desaires y oposiciones, aparecerá, más clara que la luz del medio día,

la estupidez de semejante acusación, que no proviene tanto de la ignorancia como del espíritu irreligioso y del menosprecio a la Iglesia, que se posesionan tan sólo de algunos corazones humanos, más inclinados y dispuestos ¡ay!, a pervertir las intenciones, rectas y amables, que animan a la Esposa de Cristo, a beneficiar al pueblo aliviándolo y facilitando las dificultades de la vida, y sosteniendo las almas en las graves condiciones de la hora en que se vive.

Decid a los detractores de la Iglesia que la verdad brillará, como brilla hoy en vuestros corazones, y en los de todos los que rinden honroso homenaje al bien que perciben, y que no creen ni la mentira ni la calumnia. Cuando se revele la verdad sobre los hechos y sobre Nuestros trabajos, se confundirán los que maliciosamente tratan de arrojar, sobre el Papa, la responsabilidad por toda la sangre derramada en las batallas de tierra, aire y mar, y por las ruinas de las ciudades.

La fuerza de la oración

Dejad que vuestros pensamientos y los sentimientos de vuestro corazón estimulen vuestra fe, obreros y obreras cristianos, renovando la vida de vuestra fe, fortaleciéndola con la plegaria cotidiana. Dejad que con oraciones comiencen y terminen vuestros días de trabajo. Dejad que vuestros pensamientos y los sentimientos de vuestro corazón iluminen y enardezcan vuestras almas, especialmente durante el descanso dominical y en las fiestas de guardar, haciendo que ellos os acompañen y guíen al asistir a la Santa Misa.

Nuestro Salvador, Obrero como vosotros, en Su vida terrenal fué obediente al Padre, hasta la muerte, y ahora, en el altar, Calvario incruento, renueva perpetuamente Su mismo Sacrificio, para el bien del mundo, completando así la obra de redención y convirtiéndose en el Dador de la Gracia y el Pan de Vida, para aquellas almas que Lo aman y que, en sus debilidades, se vuelven a El buscando remedio.

Que todo obrero cristiano renueve, ante el altar de la Iglesia, su promesa de trabajar obediente al Divino Precepto del trabajo, sea éste el que fuere, intelectual o manual, para ganar con sus fatigas y sacrificios, el pan que alimenta a los que ama, siempre recordando el fin moral de la vida terrenal y de la vida eterna, conformando sus intenciones con las del Salvador y convirtiendo su trabajo en himno de alabanzas a Dios.

Dios en las fábricas

En toda circunstancia y ocasión amados hijos e hijas, sostened y defended vuestra dignidad personal. Los materiales con que trabajáis fueron creados por Dios desde el principio del mundo y en los laboratorios de los siglos, fueron modelados por El, sobre la tierra y en sus profundas entrañas, por cataclismos, evolución natural, erupciones y transformaciones, para

preparar una morada al hombre, y para su trabajo. Dejad, pues, que estos materiales se conviertan en perenne recuerdo de la Mano Creadora de Dios, y dejad que por este medio vuestras almas se eleven a El, Legislador Supremo, Cuyos preceptos deben observarse hasta en la vida de las fábricas.

Puede que niños y niñas trabajen con vosotros. Recordad que debéis gran reverencia a la niñez y a la inocencia, y que Cristo afirmó que al que escandaliza un niño mejor sería que se le atara una piedra al cuello y que se arrojara al mar.

Padres y madres, ¡con cuánta ansiedad debe estremecerse vuestro corazón a medida que vuestros hijos e hijas van a las fábricas! Vosotros, trabajadores, tomad el lugar de ellos, vigilando celosamente por la inocencia y la pureza de estos obreros jóvenes, obligados por el empleo y por las necesidades de familia, a apartarse de los cuidados amorosos de sus padres.

La preservación de la salud física y espiritual de los obreros jóvenes, depende del ejemplo de los obreros adultos y de la voluntad enérgica y resuelta con que la administración de las fábricas insista sobre una disciplina decente.

Por el contrario, la inmoralidad y la codicia de placeres y extravagancias, corrompen y ponen en peligro las generaciones del futuro. No permitáis de que de vuestros labios broten palabras, bromas, o narraciones que puedan dañar a los jóvenes que os escuchan.

Lograd que hasta en la vida diaria de la fábrica, los obreros jóvenes gocen de los auxilios que provienen de las filas del clero, de las religiosas y de la Acción Católica que, de acuerdo con la administración, dedicarán en provecho de ellos, todas sus energías físicas y morales. Que jamás carezcan, empero, del afecto recíproco y del respeto de los mismos trabajadores, de su buen ejemplo, de consejos y palabras de aliento, y hasta de los pequeños auxilios materiales que estén a su alcance concedérseles.

Implorando el auxilio divino

Dejad ahora que volvamos a la escena que os presentamos al principio de Nuestro discurso, y que os mostremos, una vez más, el Modelo Divino de todo trabajador cristiano, Cristo, el Carpintero, en el taller de Nazareth.

Hijo de Dios y restaurador de la gracia perdida por Adán, vuelca en vosotros ese poder, esa paciencia, esa virtud, que os engrandece ante Aquél que es la más excelsa imagen del trabajador, Aquél que vosotros admiráis y adoráis.

En vuestros talleres y fábricas, bajo el sol que baña los campos, entre las tinieblas de minas, envueltos por el calor de los hornos, o por el frío de las máquinas de hielo, doquiera que os llamen las palabras del que dirige vuestras faenas, o las necesidades de vuestros prójimos, de vuestro país, de la paz, que descienda sobre vosotros la abundancia de Sus favores, otorgándoos auxilio, seguridad y alegría, y haciéndoos merecedores de otro mundo

feliz, por el arduo trabajo a que, en éste, entregáis y sacrificáis vuestras vidas.

No dudéis; Cristo siempre está con vosotros. Imaginaos que lo véis, en los lugares en que trabajáis, pasando cerca de vosotros, apercibiéndose de vuestras fatigas, oyendo vuestras conversaciones, consolando vuestros corazones, terciando vuestros desacuerdos, y vuestro taller se convertirá en el santuario de Nazareth, y reinará, también entre vosotros, aquella confianza, aquel orden, aquella concordia que no son sino un reflejo de las bendiciones del Cielo, que aquí abajo extiende y conserva la justicia y la buena voluntad entre los hombres que perseveran en la fe, en la esperanza y en el amor a Dios.

Mientras tanto, Nos invocamos a la Divina Protección sobre nuestros obreros amados, hombres y mujeres, sobre vuestras familias, sobre los que os dirigen y guían en vuestras tareas, y hasta sobre vuestros mismos talleres, para que el Señor os preserve de todo peligro y de todo mal, impartiéndoos, con todo Nuestro Corazón, como augurio de privilegiadas gracias, Nuestra Paternal Bendición Apostólica.

Tomado de "Tribuna Católica". Año XI (1). Nº 103. Julio de 1943. Págs. 461-470.

Carta a Víruca

El postrer beso de Bolívar

Caracas, 28 de octubre de 1942.

Señorita Elvira Miró-Quesada.
Lima.

Querida Viruca:

Despedirme de Ud. personalmente, hubiera sido acrecentar con otro sentimiento el muy natural que me causa alejarme del Perú.

Esta carta va a cumplir mi promesa de referirle como fué la postrera galantería de Bolívar para con la mujer, que él, humano, amó con el deliquio pasional de las almas recias. Me halaga presumir que este sencillo relato habrá de complacer a Ud., conocedora de la bibliografía bolivariana y que me prestó gentil apoyo en mi labor encaminada a hacer del Paladín el nexo más fuerte entre su gloriosa patria y la mía.

Acaso, como en los cuentos legendarios, debería comenzar: "Hubo una vez un héroe en nuestra América que amó a la Gloria y a la mujer por iguales". Pero, eso lo sabe Ud. asaz, linda Viruca, y también como quiso